

MARAVILLA LÁCTEA



Historia de la Asociación de Mujeres
Emprendedoras de Guatavita

AMEG

CONTENIDO

1

Ellas, las voces escondidas

Por: Clara Inés Contreras

2

AMEG, un emprendimiento que superó el sabor de la desigualdad

Por: Angie Lorena Franco

3

Las galaxias y la leche

Por: Clara Inés Contreras

4

Los senderos del cacique Guatavita: De la siembra a la ganadería

Por: Tatiana Medina

5

Camino a la conservación

Por: Equipo Conservación Internacional Colombia



Foto: Laura Nicol Muñoz

INTRODUCCIÓN

Guatavita hace parte de los 22 municipios que conforman el corredor de conservación Chingaza, Sumapaz, Guerrero, Guacheneque y Cerros Orientales, área donde con el liderazgo de Conservación Internacional se busca cuidar el agua dulce y conservar los páramos.

Conocer el grupo de mujeres emprendedoras de Guatavita AMEG, organizadas en función de consolidar un sueño colectivo fue el punto de partida que dio origen a esta publicación, que tiene sus memorias escritas en cada una de las fotografías que ellas, sus familiares y otros beneficiarios de la Fundación Arts Collegium han tomado. Estas imágenes describen su

territorio, las cosas más preciadas y también aquellos detalles que, hasta antes de verlos a través del lente de una cámara, habían pasado desapercibidos. Esta historia contada en texto e imágenes es el reflejo de la mirada desprevenida e inquieta, de mujeres, niños y jóvenes, que se atrevieron a ver con otros ojos y desde diferentes perspectivas su entorno cotidiano.

El resultado, imágenes fotográficas llenas de matices, sentimientos y referentes que representan la vida de las familias que componen la **Asociación de Mujeres Emprendedoras de Guatavita – AMEG**.

1



2



3





ELLAS

LAS VOCES ESCONDIDAS

Por: Clara Inés Contreras

Por muchos años y quizás con más fuerza en nuestras culturas de América Latina, nos hemos acostumbrado a ver a la mujer con la etiqueta de "ama de casa".

¿Qué significa para nosotros desempeñar este papel?

Desde niñas hemos escuchado historias de cuentos de hadas y princesas, en los que llega el tan anhelado "príncipe azul" cumpliendo el sueño de felicidad y realización personal femenino, creado éste, más por los estereotipos culturales que por nosotras mismas. Pero una vez se cierra el libro luego de la última frase: "Y fueron felices y comieron perdices", se abre la historia de las mujeres reales.

El tan "honroso" título de ama de casa, representa el papel de la mujer que muchas veces deja de ser quien es para convertirse en: esposa y madre; abandonando sus propias necesidades, inquietudes y hasta su identidad. Incluso, es valorada por los logros o desdichas de su núcleo familiar: la señora del prestigioso caballero o la madre de los inquietos o talentosos hijos.

Es como si no existiera como ella misma. Surgen entonces preguntas como: ¿cuándo he trabajado para mí misma? ¿Cuándo he decidido por derecho propio lo que quiero

o no hacer? ¿Cuándo me han apoyado en mis propios sueños sin cuestionarme como mujer?

Las abuelas del campo

Las abuelas rurales o de provincia en su mayoría me hacen evocar, por los referentes que tengo de la mía, a una mujer sumisa. Mi abuela, obligada por las circunstancias a casarse cuando apenas era una niña y criada con marcadas restricciones morales, muchas veces enfatizadas por la madre, quien a su vez lo aprendió de la suya y quienes de generación en generación fueron inculcando a sus descendientes mujeres el sagrado deber de ser abnegada hija, hermana, esposa y madre. Ella, mi abuela María, a pesar del amor que le profesó a sus hijos, y por quienes luchó hasta el final de sus días, y por quienes sufrió pero también de quienes recibió motivos



Foto: Brayan Ferney Muñoz



Foto: William Andrés Rodríguez

de felicidad y orgullo. Ella, mi abuela María, quizá guardó en silencio y resignación sus sueños no cumplidos como mujer.

La recuerdo con su rostro quemado por el frío del páramo, sus manos curtidas por el trabajo diario, sus bellos ojos verdes empañados por una mirada cansada y triste. Nacida y criada en zona rural de Cundinamarca a comienzos del siglo XX, cuando era imposible pensar y actuar de forma diferente a la que imponen la sociedad, los padres, la religión y las normas morales. Donde el hombre era "el jefe del hogar" y por tal razón no podía mostrar debilidades, lo que incluye llorar o expresar sus sentimientos, y la mujer era "la ama de casa", que debe obediencia y respeto a su esposo, así como dedicación a sus hijos.

Esos calificativos han condenado a las personas a asumir responsabilidades impuestas culturalmente, y desdibujan la identidad tanto de los unos como de los otros, dejándolos sin el derecho a elegir sobre sus propias vidas. Decidir cuándo y con quién casarse o simplemente no hacerlo, tener hijos o no tenerlos, independizarse económicamente creando empresa o trabajando, y/o estudiar según sus capacidades y condiciones; entre otras muchas opciones.

Legados y recuerdos de infancia que dejan huella

Así viví mi entorno familiar en los años setenta. Viendo a mi abuela siendo víctima de una sociedad estructurada dentro



del modelo patriarcal; sumisa hasta en su expresión corporal, con su cabeza inclinada y la mirada gacha frente a mi abuelo. La recuerdo cocinando en una vieja estufa de carbón y sirviendo el plato más generoso al “jefe del hogar” en la cabecera de la mesa, quien como el mayor proveedor tenía “ese derecho”, luego seguían los hijos varones y por último las mujeres. Promoviendo así en sus hijas este mismo legado, enseñándolas a

servir y a atender a sus hermanos hombres, quienes no ayudaban en los oficios de la casa por ser éstos exclusivos trabajos femeninos, como lo dictaban las normas de una familia tradicional.

La última en servir su comida y sentarse a la mesa era ella. Se acomodaba en el asiento que sobraba o muchas veces de pie, y comía los raspados de las ollas



Foto: Alejandra Acosta

de los ricos platos que preparaba para el deleite de los demás... Sólo era afortunada con "la pega" -esa última parte del arroz adherida a los bordes de la olla- por la que se peleaban todos. La recuerdo trabajando en los quehaceres de la casa, y además: tejiendo, cosiendo, hilando con su huso* la lana que esquilaba* de las

ovejas. Siempre tratando de aportar, desde los saberes heredados de sus ancestros, ingresos adicionales para alimentar a sus ocho hijos. Sin embargo, nunca ejerció su derecho a quejarse o protestar, y mucho menos a recibir el reconocimiento ni verbal ni económico por su arduo trabajo en el seno familiar. Era el "deber ser" como "ama de casa", para lo que había sido formada.



Foto: Claudia Ruiz

Hoy, en pleno siglo XXI pese a los muchos años que han pasado, la historia de mi abuela se repite, especialmente con la mayoría de mujeres rurales y de provincia en este país, en Latinoamérica y otros continentes del mal llamado "tercer mundo". Sin dejar de lado la violencia de la que algunas son víctimas por el maltrato físico y/o psicológico ejercido especialmente por sus esposos, quienes en muchos casos las abandonan con la responsabilidad de la crianza de sus hijos, o utilizando el dinero que obtienen en sus trabajos para consumir alcohol, evadiendo muchas necesidades del núcleo familiar.

Ese ha sido el legado desde hace años frente a la mujer rural y de provincia, salvo en algunas culturas donde se les reconoce por su aporte a la sociedad, como la matrona, la partera, la curandera, la líder comunitaria, entre otros roles.

Las mujeres silenciosas ahora tienen voz

Sin embargo, como una luz de esperanza e importante referente para las mujeres campesinas colombianas, un grupo de valientes damas rurales ha alzado su voz luego de años de silencio frente a esta violencia de género. Ellas, en contra de todos los obstáculos que han tenido que afrontar, crearon hace 19 años la **Asociación de mujeres emprendedoras de Guatavita (AMEG)**, y han depositado sus esfuerzos en este proyecto en el que el principal producto son los lácteos. Han luchado contra un sistema que más que ayudar a las mujeres, muchas veces las estigmatiza.

Algunas de ellas al no contar con la aprobación de sus esposos han abandonado el proyecto, pero hay muchas otras que por el contrario, reciben el apoyo de sus parejas y sus familias, quienes día a día las impulsan para seguir construyendo su sueño de crear empresa, abriendo paso así para los cambios dentro de la estructura familiar, donde el hombre siempre había sido el único proveedor y no permitía a la mujer desarrollarse más allá de los quehaceres domésticos. Hoy, el esposo rural empieza también a asumir y a reconocer los derechos de la mujer en la sociedad y su protagonismo en la estabilidad del núcleo familiar.

Gracias a ello se han empoderado. Aprovechan las labores ancestrales aprendidas en varios oficios de la tierra y reciben capacitaciones para seguir afianzando sus metas y recuperando su identidad como mujeres.

Ellas ahora sonríen con orgullo y a la vez con humildad. Han ido perdiendo el miedo a expresarse, a esas frases que les golpeaba el alma y su autoestima: "Usted que va

a ser capaz de hacer eso... Las mujeres siempre necesitan un hombre al lado para salir adelante, etc". Ellas, las mujeres que ahora tienen voz, manifiestan sentirse convencidas que no sólo son amas de casa, sino que además, han sido siempre el tronco del árbol que sostiene a sus familias.

El compromiso del estado con las mujeres emprendedoras campesinas

El Estado y la sociedad en general debe a la mujer rural un espacio protagónico soportado por el apoyo y las garantías necesarias para sus proyectos de emprendimiento en el campo, potencializando e incentivando sus talentos, fundamental para el futuro del país y del mundo entero.



Foto: Ángela Bonilla Rodríguez

***Huso:** Instrumento de madera ancestral utilizado especialmente en la zona andina, con el que se hila la lana.

***Esquilar:** Quitar la lana de las ovejas para elaborar productos como: ruanas, sacos, etc.



"Las canas de su cabeza las cubre con un pañuelo, tiene el rostro curtido por el sol y por el viento. La espalda lleva encorvada y encallecidos los huesos.

La emoción viene a sus ojos, al recordar viejos tiempos. Aquellos los de su niñez, cuando jugaba en el huerto con lagartijas y grillos en el tronco del olivo viejo.

Trabajando de sol a sol desde el verano al invierno. Sobre la reseca tierra su juventud fue perdiendo. De sus penas y alegrías solo saben sus adentros. Sus labios fueron sellados para aguantar sufrimientos.

Y es su atávico orgullo y su vergüenza un espejo, donde segura se mira, con dignidad y sosiego. Esposa, hija y madre de curtidos jornaleros. Y esta mujer campesina, siempre a su lado sufriendo"

Autor: Carmen Pacheco Sánchez



AMEG

UN EMPRENDIMIENTO
QUE SUPERÓ EL SABOR
AMARGO DE LA
DESIGUALDAD

Por: Angie Lorena Franco

¿Qué puede tener en común una abeja con una mujer campesina? Sería difícil separar las cualidades de estos dos tipos de obreras. Ambas, además de ser trabajadoras, parecen rebeldes, pero realmente no atacan, solo se defienden.

Con ese mismo argumento Patricia Rodríguez lo reafirma “si nosotras fuéramos un animal, seríamos abejas”, y eleva las mejillas mientras se dirige a sus compañeras, 24 mujeres de la vereda Carbonera Alta (Guatavita), con quienes como una colonia en la que prima la colectividad, hace 19 años dieron a luz a su abeja reina. La llamaron AMEG (Asociación de Mujeres Emprendedoras de Guatavita) y desde ese momento es el emprendimiento con el que estas mujeres mujeres de ruana y montaña cobran su autonomía económica y transforman las brechas de desigualdad hasta entrar en un mejor estado de bienestar.

Como un sueño, tal vez en su momento escueto, en el año 2000 Susana Prieto, una mujer visionaria de la zona rural de Guatavita, vio en esta región todo el potencial para que las mujeres soltaran las ollas, le hicieran oídos sordos a los insultos y, por primera vez, fueran las doñas de su negocio, las señoras que también podían traer dinero a la casa, capacitarse y hasta comprarse ropa. “Era un reto en un lugar donde las mujeres tenían que pedirle dinero a sus esposos hasta para comprar una toalla higiénica”, resalta Patricia Rodríguez, cofundadora de AMEG.

Con la misma responsabilidad con la que las abejas obreras tienen que alimentar al huevo fecundado, estas mujeres tenían que hacer de su asociatividad algo productivo. Ana Leonor Rodríguez narra entre risas, “empezamos haciendo jabones, pero los químicos nos dañaron la ropa y hasta los

tiestos”. También ensayaron con escobas, bazares y venta de tamales con chocolate.

Con la misma dificultad con la que una abeja trabaja para fabricar la miel, estas mujeres tuvieron que encarar a sus esposos y a los vecinos que las trataban de viejas desocupadas, pues, según ellos, la vocación de las mujeres de esta región era ser amas de casa, cuidar a los hijos, criar animales y cocinarle a los obreros; reafirmando así, una pequeña radiografía de la realidad de la mujer campesina que no tiene reconocimiento del trabajo reproductivo, productivo y doméstico.

Si bien esta era la oportunidad para que varias mujeres de la región tuvieran ingresos por su trabajo, el proyecto estuvo en un constante tire y afloje en el que les cerraron varias puertas. “El último bazar lo hicimos en un colegio donde nos tocaba dar el 50 por ciento de las ganancias por el alquiler, pero justo esa noche se fue la luz y eso nos preocupaba porque además de la falta de música, la oscuridad se prestaba para riñas, por lo que tuvimos que conseguir muchas velas y la fiesta terminó en velada. Vendimos todo, pero nunca más lo volvimos a hacer”, relata entre risas Patricia.



Foto: Lina Pedraza



Foto: Claudia Ruíz

El vuelo nupcial

AMEG ya empezaba a ser una juvenil reina formada por sus obreras, quienes luego de varios experimentos encontraron que la producción de derivados lácteos podría ser su fuente de trabajo, además de una actividad económica que fortalecía su identidad campesina y contribuía al desarrollo social de su familia y su comunidad, pues la crianza de ganado lechero hace parte la vocación de Guatavita.

Pese a la muerte de Susana, su pionera, estas mujeres no se derrumbaron y, por

el contrario, formalizaron y plantearon lo que sería el hogar de “la joven rebelde y traviesa”. Más adelante, como el vuelo nupcial en el que la abeja mayor logra reproducirse, AMEG también cumplió con sus atributos de fecundidad y nació Carbolac, la marca de sus productos.

Esta fue una razón más para que los roles de la mujer rural, quien durante años no tuvo reconocimiento de sus oficios, fueran reemplazados por la recolección de leche desde sus casas. Algunas cambiaron sus oficios por la crianza de ganado y otras se le medían al fogón con la preparación del yogurt, panelitas y arequipe. Las demás danzaban las manos mientras hacían el queso campesino y doble crema.



Foto: Patricia Rodríguez

La colmena de lata

Si de resiliencia se trata, un cubo de lata sería el ejemplo para esta historia, pues dentro de este, la leche se convertía en yogur. Desde esta casa que no supera los 10 metros cuadrados, Gilma Rodríguez, hermana de Patricia y socia de AMEG, rescata vagos recuerdos de su infancia y de sus padres Ana Sofía Jiménez y Tobías Rodríguez, quienes formaron una familia entre las faldas de las montañas de Carbonera Alta; cinco mujeres y un hombre.

Primero nació Lilia y luego siguieron Ricardo, Gilma, Patricia, Claudia y Raquel. De acuerdo con Gilma, "a los dos mayores

les tocó la crianza más dura, pues su madre, siguiendo viejas tradiciones del campo, quiso que sus hijos dedicaran su vida a los oficios de la finca". No obstante, todos los hijos destacan notables cualidades de sus padres: Ana Sofía, una mujer de carácter fuerte, independiente y buena administradora de los recursos del hogar y Tobías, el reconocido líder de Guatavita, amante de los caballos, siempre infundió en sus hijas la necesidad de estudiar y ser emprendedoras, de tal forma que ellas mismas tuvieran soberanía sobre su hogar y su territorio.

Fue así como la primera colmena de estas obreras estaba hecha de lata, pues



Foto: Lina Pedraza

cumpliendo su propósito, Tobías les regaló a sus hijas y a las mujeres de AMEG el pequeño cubo para que procesaran la leche. Sobre esa pequeña planta artesanal Ricardo, su hijo, comparte algunas anécdotas: “Recuerdo que antes de que fuera la sede de AMEG, esa casa fue depósito y también nuestro escampadero y el de las gallinas que, con mala suerte, murieron por un rayo junto a uno de los perros. Menos mal no estaba mi papá, porque ese lugar siempre atraía relámpagos y se generaban incendios. No era su hora”.

Con vuelos largos, el sueño de estas 25 mujeres empezaba a crecer. Al cabo de tres años, Tobías les regaló el terreno para

que construyeran una planta de verdad, hecho que impulsó el trabajo colectivo. Día y noche, durante ocho meses, cada una trabajó en la construcción de esta. Tobías y Ricardo eran los arquitectos, y entre tanto, las mujeres mandaban a sus obreros o a los esposos para que ayudaran en la obra, mientras algunas preparaban el almuerzo para todos.

ÉPOCA DE VACAS FLACAS

Desde la casa de su madre, Patricia ve la planta de AMEG junto al cubo de lata, sonríe un poco para relajar la tensión y dice que “cuando se terminó de construir la planta la demanda de producción empezó a aumentar, pero la gente no nos quería vender la leche porque habían inventado que nosotras no les pagábamos a los proveedores, por lo que tuvimos que comprar la leche en otras veredas. Meses después, con la apertura de la nueva cooperativa, la tensión aumentó, pues los campesinos e incluso algunas integrantes de AMEG se fueron para allá, entonces ya no solo bastaba con buscar los insumos en otras veredas, sino en otros municipios”, cuenta con desaliento.

Volvieron a aparecer los obstáculos. Así como formar una asociación de mujeres era algo nuevo, construir una planta de derivados lácteos también. Y eso les pasó cuenta de cobro.

El Invima les empezó a exigir adecuaciones de infraestructura, capacitaciones y maquinaria, y en septiembre de 2014 les selló la planta, el momento más triste en los 19 años de historia de AMEG.

El cierre de la planta representaba que cada campesino perdiera diariamente entre 10 y 70 litros de leche que ya no iban a ser recogidos. A ello se sumó la renuncia de algunas socias, incluyendo la presidenta. Y aunque sí se lloró sobre la

leche derramada, las mujeres no se quedaron en ese obstáculo.

No había pasado una semana y “nosotras igual continuamos produciendo derivados lácteos, al menos para el consumo personal, y altemo a ello íbamos trabajando para recuperar el registro del Invima. Fue un año de cierre y zozobra”, agrega Gilma, casi con la voz entrecortada; pareciera que contar la historia una y otra vez reviviera los días amargos nuevamente, aquellos en los que, incluso, a veces la luz no funcionaba y la leche se cortaba.

Desde ese momento las ganancias eran para hacer las adecuaciones de la planta y no fallarle a los proveedores. Un año luego del cierre, ahora AMEG sí esperaba al Invima, pues ya estaba remodelada su pequeña colmena. Se logró abrir la planta pero con esto vino una multa por sellamiento: 620 millones de pesos, suma que superaba hasta el costo total de la estructura. Finalmente, el abogado logró una rebaja





Foto: Patricia Bejarano M. CI

a 125 millones. Además, comprobaron que todo un año de amargura tenía nombre propio, alguien había hecho una solicitud anónima de visita al Invima.

"AMEG ha sido mi segundo hogar al que le he entregado buena parte de mi vida."

-Ana Leonor Rodríguez



Foto: Iván Romero

DULCE COMO LA MIEL

De las abejas se dice que para producir miel, elaboran papilla real que sirve de alimento a la abeja reina, limpian la colmena y fabrican los panales de cera. También se dice que, además de obreras, son guerreras, ya que defienden la vivienda contra invasores.

Como ellas, las socias de AMEG lograron reavivar a su abeja reina y no solo reactivaron la colmena, también cambiaron sus hábitos tradicionales por unos más sostenibles.

“Aprendimos a trabajar con la naturaleza sin dañar el medioambiente, a saber administrar el agua, a cuidar los animales con los que nos beneficiamos y a trabajar en equipo”, agrega Ana del Carmen Cortés, quien desde hace diez años encontró en AMEG la sororidad para emprender y ser una mujer independiente a sus 69 años.



Foto: Luisa Fernanda Romero, Vanessa Romero y Erika Lorena Rodríguez

Luego de casi 20 años, 25 hogares de Carbonera Alta lograron tener jefatura femenina, no solo proveen leche, también se capacitan. Con más instrumentos de asociatividad y emprendimiento lograron hacer de AMEG una abeja más auténtica, saludable y sostenible, pues haciéndole honor a su trabajo y aprovechando las bondades de su territorio, estas 25 empresarias de la alta montaña lanzaron sus nuevos productos: un yogur de miel y polen y otro de arándanos, con los que también cambiaron su marca de derivados lácteos por una que representa el santo y la seña de cada integrante de AMEG:

Xisqua, que en chibcha significa sembrar o engendrar.

“Niños no me olviden y recuerden siempre que soy el sueño de sus madres y que sería lindo para mí que un día ustedes tomen las riendas de este carrusel lleno de expectativas llamado AMEG para que perdure en el tiempo.”

Gilma Rodríguez – Tomado del texto Yo, AMEG escrito en 2018



Foto: Concepto: Daniel Gómez - Piloto del dron: Patricia Bejarano M. CI

Es imposible imaginar la galaxia como un sistema contenido y limitado. Cuanto más comprendemos nuestra existencia y la de nuestro universo, somos conscientes que falta mucho por aprender y por escuchar.

AMEG funciona de la misma manera. Es un sistema que a través de la tradición y el oficio, va formando y sumando nuevo conocimiento. Va anexando personas y almas que son un nuevo universo en sí mismas.

Daniel Gómez



Foto: Arts Collegium



Foto: Vanessa Romero

Foto: Vanessa Rodríguez







El fogón del Uval – Familia Rodríguez Jimenez, núcleo de AMEG | Foto: Focusianas



LAS GALAXIAS Y LA LECHE

Por: Clara Inés Contreras

La vaca fue uno de los primeros animales que nos garantizó el alimento a través de su carne, la leche y sus derivados. Desde sus ancestros, los bóvidos, las vacas tienen aproximadamente diez mil años de existencia originándose en el oriente medio. Tienen tantos años, como el descubrimiento de la vía láctea. La Vía Láctea es una galaxia en forma de espiral que contiene aproximadamente 200 billones de estrellas del Universo y en donde se sitúa el Sistema Solar.

¿Pero qué relación tienen las vacas con la vía láctea?

*Empecemos diciendo que El nombre de Vía Láctea se deriva del griego Kiklios Galaxios que significa **“camino de leche”**.

Existe también en la mitología griega una leyenda que une el concepto de la leche con el de vía láctea. Uno de ellos hace referencia al hijo de un dios griego llamado Hércules, el cual fue atacado por los enemigos de su padre, quienes le arrojaron varias serpientes venenosas cuando apenas tenía ocho meses de nacido. A pesar de su corta edad, Hércules demostró su gran fuerza matándolas con sus propias manos. El Oráculo indicó que Hércules sería sólo un héroe ya que era mortal y para ser

inmortal debía demostrar la valentía de un dios, por lo que existen dos versiones:

- Hermes, el mensajero de los dioses, colocó a Hércules en el seno de Hera mientras dormía para que lactara la leche divina, pero al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, lo separó y derramó la leche formando la Vía Láctea.
- Atenea, la diosa de la sabiduría, convenció a Hera de que Hércules mamara su leche divina, pero este al succionar lastimó a Hera y le hizo derramar la leche.

Desde la mitología griega por consiguiente, existe una relación sobrenatural entre la leche y la Vía Láctea, así como lo son sus formas en espiral, donde pareciera que las estrellas que están a años luz de existencia, fueran pintadas con un aerosol que en vez de tintas, vertiera gotas de leche esparcidas al azar por el firmamento, iluminando nuestro planeta azul, y poniendo a la vaca y sus derivados como protagonistas de mitos y leyendas. Cabe anotar que también en la actualidad en países como la India se considera incluso a la vaca como un animal sagrado y por lo tanto, se venera y no se puede matar ni



Foto: Claudia Ruiz

comer. En otras culturas, como la nuestra, se tiene la creencia de que tener una vaca es garantía de prosperidad y es por eso que cuando los jóvenes o niños hacen su confirmación o son bautizados, los padrinos les regalan su primera ternera, como una forma de transmitirles un legado que asocia a la leche con prosperidad.

La vía láctea y AMEG

Y así como mágicamente la Vía Láctea se relaciona con las vacas, así mismo lo hace un grupo de mujeres campesinas de la vereda Carbonera Alta del municipio de Guatavita, con la leche; ellas se asociaron hace varios años para crear AMEG (Asociación de mujeres emprendedoras de Guatavita).

Estas valerosas mujeres crecieron en medio de la leche, ordeñando desde pequeñas junto a sus padres, bebiéndola espumosa y tibia de la totuma, siendo privilegiadas frente a muchas otras personas que aún asumen que la leche viene de una caja de cartón o una bolsa plástica. La leche es uno de los principales productos de consumo en la región, por esta razón ellas se unieron con mucho esfuerzo para crear este proyecto de emprendimiento, elaborando productos derivados con altísima calidad. De esta manera, se niegan a dejar en el olvido las labores aprendidas de sus ancestros en el campo, y a la vez apoyan a sus familias con los ingresos recibidos. Aunque para ellas este proyecto hecho realidad, más que un trabajo, es una forma de vida.

Desde este punto de vista, y teniendo en cuenta las actuales dificultades medioambientales, AMEG utiliza buenas prácticas con el manejo de los pastos, garantizando así también que los productos lácteos que ofrecen sean alimentos sanos para el consumo. De ahí que el campesino necesite recibir mayor apoyo del gobierno, para evitar ser relegados por la industrialización y reemplazados por máquinas, las cuales muchas veces abusan de los animales para producir grandes cantidades de lácteos que pueden ser nocivos para la salud. Cuidamos nuestro campo y apoyamos a nuestros campesinos y todos nos beneficiamos.

El viaje a la infancia a través del seno materno

Recuerdo que cuando era niña, vivía en un pueblo pequeño cercano a Bogotá, mi abuela tenía una tierrita –como ella decía-; solíamos ir al campo con la abuela a visitar a las vacas, o por lo menos eso era lo que ella me decía para que yo me animara a salir de la burbuja del televisor -en ese tiempo en blanco y negro-, y una vez emprendíamos

el camino yo sentía que entraba a otro mundo. Uno en el que los pitos de los carros eran reemplazados por los bramidos de los animales, el olor a pavimento por el del pasto y la leña, y los postes de cemento por árboles frutales. Las vacas eran tan grandes que las veía desde mi diminuta perspectiva como unos gigantes blancos con manchas negras; y cuando nos acercábamos los gigantes crecían aún más.

“Mi primera vaca se llamaba Zarcilleja, era coloradita, muy bonita, me la regaló Elias mi padrino de bautismo a los 8 años”.

Blanca Cecilia Rodríguez



Foto: Wilson Romero



Foto: Claudia Ruiz



Foto: Luisa Fernanda Romero



Foto Vanessa Rodríguez

Las ubres me parecían como bombas de piñatas, y por eso, a escondidas me gustaba cogerlas para jugar, lo que no sabía es que no sólo eran para jugar sino para dar leche. En mi insistencia por tocarlas, mi abuela emocionada imaginó que yo quería aprender a ordeñar...pero nunca lo logré. Sin embargo, me maravillaba la caída de chorros de leche en las cantinas, como cascadas de agua que fluyen por las altas montañas y salpican con sus chispas y con su espumosa textura.

La leche huele a madre, a abuela, a familia,

a casa vieja, a campo, a leña, a boñiga, a cantina.

La leche nos hace viajar a nuestros primeros años de vida, a ese único contacto entre el hijo y la madre en el que se unen a través del pezón como un acto de íntimo amor, y esas gotas que succiona el bebé desesperado por saciar su hambre, le garantiza afecto y calor permanentes y necesarios para su supervivencia.

Las mujeres y la leche guardan una relación eterna, porque al igual que la

vaca, la mujer produce leche que emana de sus pezones durante la lactancia. Es por ello que la mujer simboliza el alimento y el sustento de la manada. Mientras que el hombre debe salir a buscar la comida afuera y trabajar duro para conseguirla, las mujeres lo obtienen y lo ofrecen de manera natural; de ahí que la mujer sea el centro, el tronco del árbol, la que sostiene, la que da la fuerza y la protección.

La protección dada por el tibio regazo de la madre cuando recibimos el alimento desde su pezón; y la fuerza dada por los nutrientes de la leche que pasa de la madre al hijo como un lazo inquebrantable de amor. La leche siempre trae recuerdos de manos campesinas, de pezones de madres, de reuniones familiares que son pretexto para elaborar muchos productos para el alimento diario.

La leche y la familia con sabor a “miel me sabe”

En la zona andina, se preparan en familia, por ejemplo: envueltos de mazorca, queso, mantequilla, cuajada, helados, tortas, bebidas calientes, batidos, postres, etc. Nunca olvidaré mi postre favorito: miel me sabe, fue el primero que me enseñó a preparar mi abuela: una vez la leche se corta, se le agrega panela molida, cáscara de naranja, anís y canela y se pone a fuego lento. ¡Una delicia!

La leche siempre nos acompaña en todas las etapas y momentos de la vida: desde cuando nacemos y mamamos del pezón de nuestras madres como los terneros, hasta cuando envejecemos y con nuestra piel surcada por las huellas del tiempo, tomamos leche caliente para calmar el frío que va inundando nuestro cuerpo. La leche es referente de nuestro pasado, de nuestra familia, de nuestras costumbres, y del campo; y así mismo de nuestras

emociones y nuestras memorias. Ahora, cada vez que huyo del ruido de la ciudad para buscar refugio en los campos verdes con olor a fogón de leña y a boñiga, y me acerco a una vaca y huelo su leche recién ordeñada, evoco las imágenes de mi infancia con mi abuela.

¡Los mejores años de mi vida!

Y los que por alguna razón, no pudimos probar la leche del pezón de nuestra madre, siempre que tomemos la leche recién ordeñada de la vaca con su espumosa textura y su cremoso sabor, evocarémos a la mujer que nos dio la vida.

Referencias

Vía Láctea:

<https://www.significados.com/via-lactea/>

“Mi vida no ha sido fácil, por mí han pasado varias mujeres, algunas se han ido y otras han llegado, he sido el centro de la existencia de muchas, motivación para sus vidas el amor y parte de su ser porque así lo he sentido, pero también como niña traviesa he sido el dolor y sufrimiento de otras”.

Gilma Rodríguez – Tomado del texto Yo, AMEG escrito en 2018



LOS SENDEROS DEL CACIQUE GUATAVITA DE LA SIEMBRA A LA GANADERÍA

Por: Tatiana Medina



Foto: Maura Velandia



Foto: Laura Nicoll Muñoz

Un aroma de leche fresca se mezcla en el ambiente de la asociación de mujeres emprendedoras de AMEG. Desde muy temprano, niños y adultos se acercan con sus cantinas para llevar la leche que será analizada para asegurar que sea de buena calidad y luego ser procesada. La leche es una de las principales fuentes económicas en Carbonera Alta, vereda perteneciente al municipio de Guatavita.

Con el 78% de la población residiendo en el campo, 4.938 personas, Guatavita tiene una vocación agropecuaria que desde hace más de 50 años se ha incrementado gradualmente.

Pero, también la tierra de la “labranza de la punta o extremo de la sierra” o Guatavita fue un territorio muisca.



Foto: Alejandro Orjuela Rodríguez

Me hacen vibrar las risas contagiosas de Amalía y la señora Lucía, las gestiones e ideas locas pero por el bien de todas de Patricia y su fiel y malgeniada mosquetera Gilma, las opiniones sensatas y claras de Leonorcita, las travesuras de la tía Adelina con sus amadas y nunca olvidadas panelitas, las prisas de Lilia y Helenita, la señora Sofía en su afán de paladear a sus hijitas y de todo aquél que esté aquí preparando con amor de madre la comida para sus amadas hijas, también cada una de las diferentes señoras, Flor Alba, Hortensia, Blanca Rodríguez entre otras, la creatividad de Carolina queriéndose comer el mundo en segundos, la puntualidad, el compromiso y responsabilidad de Hilda y mi tía Rosa, el esfuerzo, el amor y los abrazos de Florecita, el cariño y el respaldo de Tulia y Gloria, el amor, el exagerado amor de la señora Elvirita y la señora Carmen, las ocupaciones de Margarita por su tienda y sus obreros, la brillantez, las cuentas y la contabilidad de Johanita, la colaboración de Martica y las largas caminatas de Cecilita, la señora Carmen y la señora Rosalbita por llegar a cumplir con puntualidad todas y cada una de las capacitaciones.

Gilma Rodríguez – Tomado del texto Yo, AMEG escrito en 2018

LA TIERRA

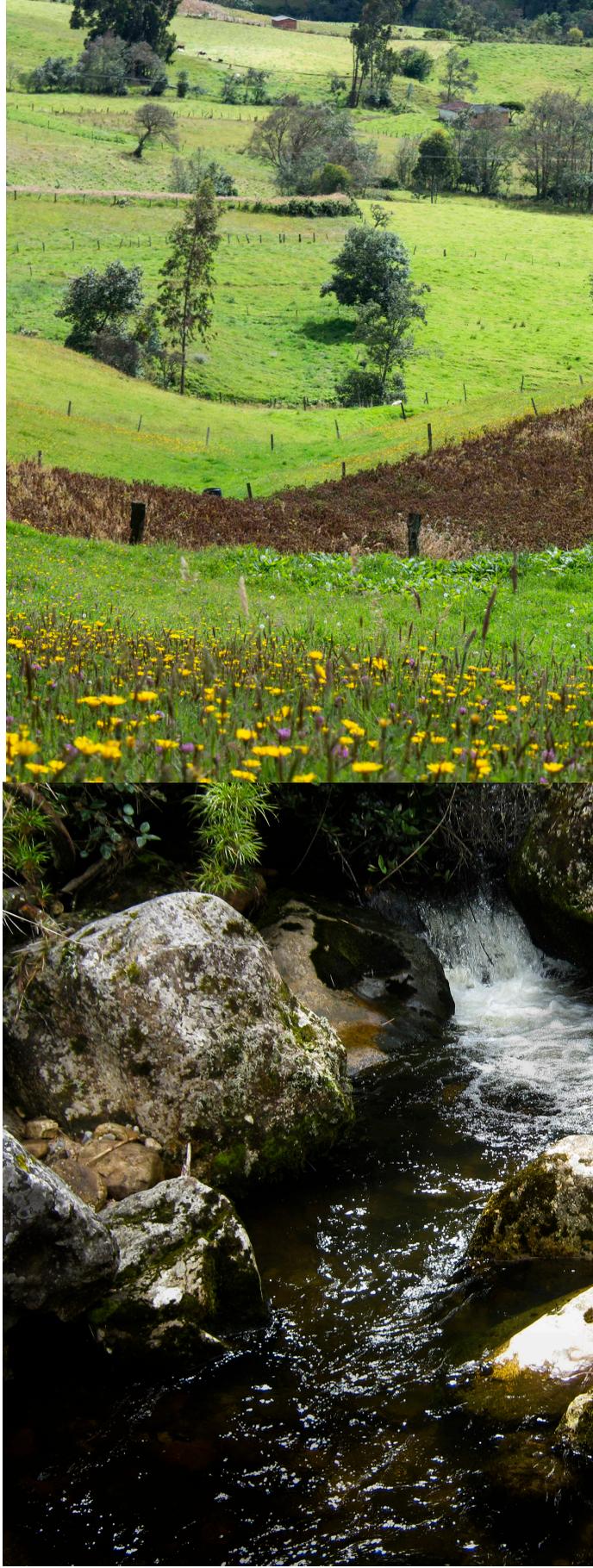
El nombre de Guatavita prevalece en el tiempo como un delgado hilo que conecta, de alguna forma, las blancas construcciones del municipio actual con el grandioso cacicazgo que siglos atrás mantenía el equilibrio político, social y productivo de esta región.

El Valle de Tominé que rodea a Guatavita es un sorprendente y complejo sistema de microclimas que proporcionaron en su época un suelo fértil y versátil para el desarrollo de diversas actividades productivas, siendo la agricultura la más fuerte, pero no menos importante que la minería, la orfebrería y la producción textil.

Estas actividades generaron espacios de convergencia social y económica alrededor de Guatavita, ya que el trueque era la principal modalidad de comercio en ese entonces.

Posteriormente, con la llegada de los españoles se incorporaron otras actividades propias de esta nueva cultura como la ganadería tradicional bajo el concepto de "explotación de la tierra", haciendo que estas actividades se fueran separando con el tiempo del vínculo espiritual que tenían los indígenas prehispánicos con la tierra como fuente de bienestar, para convertirse en una fuente de extracción de recursos.

Foto 1: Laura Daniela Jimenez





EL AGUA

Irónicamente, este preciado recurso que en otra época abastecía y fortalecía el desarrollo de sus habitantes, fue el mismo que inundó el legado original de sus antepasados. Su privilegiada (o quizás desafortunada) ubicación geográfica, convirtió a Guatavita en un lugar estratégico para la construcción de un embalse de gran capacidad que actualmente abastece el crecimiento vertiginoso de la capital del país.

Y es así como a comienzos de la década de los 60 se fueron inundando de manera programada las vías, puntos de referencia, casas e historias de miles de indígenas y campesinos, que por cientos de años presenciaron y se adaptaron a una constante e inclemente resignificación de la tierra, que hoy en día descansa sin remedio en el fondo del embalse.

Con el fin de conservar una parte de ese patrimonio histórico todavía existe el cementerio del "pueblo viejo", donde sus habitantes, si pudieran hablar, intentarían señalar torpemente los lugares donde se escribió la historia de un pueblo que ya no existe.

2

Foto 2: Francy Johanna Ramos



Foto: Karen Natalia Roíguez

¿QUÉ HA CAMBIADO?

Y así como el progreso fue cubriendo con agua la tierra heredada por sus antepasados, los habitantes de esta gran región crecieron y vieron crecer a sus hijos desde la montaña, adaptando sus conocimientos a las condiciones del terreno.

“La memoria se ha construido sobre una completa estrategia de recuerdos en la que el pasado lejano y reciente se unen con

el presente en la topografía” Rappaport, 1999, pág. 37-38.

Estas historias son las que se cuentan y todavía se escriben, como resultado de los constantes cambios en las políticas agropecuarias y de la forma en que los campesinos del municipio logran adaptarse. Entre tintos, arepas y brasas de leña escuchamos el eco de azadones, mulas y canastas de verduras de todos los colores que recogían los habitantes de las veredas hace un par de décadas, y que se pierden por el choque de las cantinas y el rugido sordo de la máquina de ordeño que indica que ya son las cinco de la mañana y que dentro de poco pasa el camión de la Cooperativa.



Foto: Erika Lorena Rodríguez

Como consecuencia de estos esquemas sistemáticos de producción, la vocación cambia al ritmo del precio de la arroba. Se paga mejor el litro de leche. El entorno cambia y aquella "colcha de retazos" que se dibujaba desde el aire, con cultivos de diversos colores, hoy en día se limita a potreros de ganado y monocultivos.

Sin embargo, la identidad se conserva gracias a las tradiciones que han sobrevivido a la conquista, a la inundación y al progreso. A pesar de los cambios el sentido de comunidad mantiene los objetivos claros, pero sobre todo colectivos. Producto de la industrialización y la alta tasa de crecimiento poblacional se promueve un uso inadecuado de los suelos y prácticas

agrarias que aceleran los efectos del cambio climático. Ana del Carmen Cortés, integrante de la Asociación de mujeres emprendedoras de Guatavita, recuerda que cuando era más joven se usaba menos cantidad de fumigos porque había menos plagas y el suelo era sano, "hoy en día hay que usar más químicos para el cultivo de la papa, porque se ha vuelto resistente a las plagas".

En esta tierra fértil hace muchos años se sembraba cebada, arveja, trigo, maíz y papa. Debido a que la papa se cosecha más rápido, la comunidad campesina se dedica a la siembra de monocultivos.

TIERRA DE OSOS

1

Guatavita, que está a tan solo hora y media de la capital colombiana, alberga una especie sombrilla de gran importancia para el equilibrio del bosque alto andino y las zonas de páramo que hacen parte de todo un corredor de conservación. Con un par de parches blancos ubicados en el contorno de los ojos que parecen anteojos, el oso o *Tremarctos ornatus*, se convierte en el vecino de los campesinos que habitan la zona alta rural de Guatavita y Sesquilé. Un gran ejemplar que advierte que Guatavita es un territorio de vida, agua, ecosistemas muy frágiles que además abastecen del valioso recurso hídrico a Bogotá.

Pero el oso andino no es el único vecino particular de los habitantes de la alta montaña. El venado de cola blanca o *Odocoileus virginianus*, camina desprevenido por Monquentiva, otro retazo en esta gran colcha que se pierde cada amanecer entre la neblina formando una bucólica acuarela de Guatavita rural.

Este simpático mamífero es un vecino curioso que suele aparecer desapercibido entre los arbustos sorprendiendo a niños y adultos con su belleza sutil, que en los machos se ve adornada por astas o cuernos. El encuentro representa una buena salud para estos ecosistemas de páramo en los que hoy conviven en armonía hombres y fauna.

2

Foto1: Juan Pablo Cortés
Foto 2: Wendy Rodríguez





CAMINO A LA CONSERVACIÓN

Por: Equipo Conservación Internacional Colombia

La ruta lechera de las mujeres AMEG toma a diario nuevos matices. Patricia Rodríguez, quien lidera esta asociación al igual que otras mujeres integrantes de la iniciativa, están realizando prácticas ganaderas sostenibles que les permiten mantener esta vocación agropecuaria, pero con menor impacto ambiental.

Prácticas como el sistema silvopastoril que mejora la producción de pastos evitando la tala de árboles para la potrerización, la

utilización de propóleo para sellar las ubres de la vaca en el ordeño y la producción de pequeñas huertas para el autoconsumo son algunas de las iniciativas que construyen un sendero hacia el cuidado y la conservación. Proyectos que nacen en este pequeño retazo del mapa, buscan ser el modelo de un proceso sostenible de ganadería y agricultura que permita conservar el sagrado templo de riquezas naturales, que producen los recursos vitales de los que dependemos.



1

2

Foto 1: Diego Alejandro Pedraza
Foto 2: Lina Pedraza

Territorios que se adaptan

Patricia Rodríguez y su familia viven del campo, siempre lo han hecho al igual que sus padres y sus abuelos. Aunque esta tierra siempre les ha dado los medios para llevar una vida tranquila, las condiciones de la modernidad, con sus exigencias y los altos costos los llevó a buscar formas de incrementar sus ingresos y fortalecer a sus familias.

Estos fueron algunos elementos motivadores para la creación de la Asociación de Mujeres Emprendedoras de Guatavita,

AMEG. Una iniciativa que lleva casi dos décadas promoviendo el emprendimiento y empoderamiento de las mujeres de la vereda Carbonera Alta, de este municipio cercano a Bogotá, donde la ganadería lechera es la actividad económica por excelencia y de la que viven casi todos los habitantes de ese lugar.

Foto: Karen Natalia Rodríguez



El arduo trabajo de estas mujeres y del resto de las familias de Carbonera les ha permitido conocer su territorio y ver como este se ha venido transformando. Han observado cómo la vegetación de su vereda ha cambiado y sobre todo cómo los periodos de lluvia que marcaban el comienzo y final de la siembra y cosecha han variado. Las fuentes de agua que antes bajaban con fuerza han disminuído. Sabían que algo estaba pasando, hoy ya tiene un nombre: cambio climático. Este fenómeno aparentemente tan lejano ha tocado sus tierras y ellas a través de su asociación han ido aprendiendo, conociendo y buscando la manera de adaptarse a él.

Según la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático el riesgo que representan los efectos de este

fenómeno no sólo tiene que ver con pérdidas económicas. En lo particular y de manera muy alarmante, los efectos del calentamiento global también tienen el potencial de agravar las desigualdades de género.

Aún sin cambio climático, las mujeres en países latinoamericanos tienen menos posibilidades de acceso y control de los medios de producción como la tierra, el financiamiento, la capacitación o la información. Sin embargo, escenarios de variabilidad en el clima las ubica en situaciones más vulnerables. Esto significa que perderán sus medios de vida más fácilmente y que tendrán menos posibilidades para encontrar alternativas que les permitan satisfacer sus necesidades y las de sus familias.

Foto: Lady Rodríguez





Foto: Claudia Ruiz

Si bien el cambio climático es perjudicial para todos, lo es más para las mujeres y con un mayor impacto en las indígenas y aquellas que viven en zonas rurales. Se estima que aproximadamente una cuarta parte de las mujeres económicamente activas trabajan en la agricultura. La reducción de los rendimientos de los cultivos debido al cambio climático tendrá un efecto particularmente devastador en los medios de vida de millones de personas, así como efectos desiguales en la salud y nutrición de sus familias, mientras que suben los precios de los productos básicos.

De acuerdo a un estudio presentado por Oxfam en 2016, las mujeres serán mayoría entre los 50-200 millones de refugiados climáticos (80 % de mujeres y niños) que, hasta 2050, se prevé que intentarán escapar de los impactos del cambio climático en su entorno.

En general, el cambio climático –con la desertización, el aumento del nivel del mar o la disrupción en la agricultura– provoca un aumento de los flujos migratorios y genera un entorno más hostil que potencia los conflictos. En los últimos sesenta años se estima que un 40 % de los conflictos intraestatales tenían algún vínculo con los recursos naturales o el medioambiente.

Las mujeres de AMEG tienen claro los nuevos desafíos que trae el cambio climático, y están convencidas de que a través de sus actividades podrán no solo mejorar sus condiciones económicas sino las de su entorno. Su trabajo está enfocado en restablecer la relación que tienen con el medioambiente, fortalecer su desarrollo social y a su vez ser económicamente sostenibles en el tiempo.

No solo Patricia, sino cada una de las 25 integrantes de AMEG, tienen claro que sus familias no podrán tener un buen vivir si no existe un medioambiente sano. Por esto, su mirada se puso en dirección de entender que conviven con un ecosistema que se debilita cada vez más, y cómo su región es vulnerable y todos deben adaptarse, buscando protegerla y garantizar su continuidad en el tiempo.

Expertas en adaptarse

Patricia, Gilma, Ana del Carmen y las otras integrantes de AMEG tienen historias de luchas. Estos casi 20 años de trabajo colectivo les ha ido mostrando cómo adaptarse a los cambios es fundamental para sobrevivir. Por eso, pensar en que ahora tienen una nueva variable que conocer y a la cual "acomodarse" no les asusta, al contrario las motiva: el clima.

Después del camino andado, han descubierto que en ellas mismas y sus territorios están las respuestas. Por eso, han ido ajustando sus prácticas agropecuarias e industriales a unas más amigables con el entorno. La materia prima de AMEG es la leche. Ellas mismas con esfuerzo y apoyo de algunos miembros de su familia han levantado su emprendimiento que ahora cuenta con sistemas silvopastoriles para el mantenimiento de algunas de las vacas de donde proviene la leche con la que hacen yogures y quesos.

Los sistemas silvopastoriles integran árboles y forrajes junto con la tenencia de animales como vacas. Es decir conviven las actividades pecuarias con la conservación de bosques, beneficiándose las dos actividades, pues se ha comprobado que la productividad aumenta y por tanto los ingresos económicos, y a su vez se captura carbono, fundamental para hacer frente al cambio climático.



SABIAS MONTAÑERAS

La vida Láctea

Dirigir la mirada a la *Vida Láctea* que tiene rostro y esencia de mujer campesina. Una mujer de alta montaña, en cuyo rostro se dibuja el "asare" de los años, el trabajo sin respiro que susurra sonidos que le dan forma al paisaje, una historia grabada con el choque de las cantinas y el movimiento del tizón de leña que arde en la fogón.

Desde la mirada de Sabias Montañeras aportamos a este merecido reconocimiento que, a través de la fotografía, evidenció la importancia de las mujeres AMEG para la construcción de sus territorios.

Cinco fotografías construyen "La Vida Láctea", demostrando cómo a través del manifiesto de sus oficios han creado una relación con el medio que las rodea.

CRÉDITOS

C

CONSERVACIÓN INTERNACIONAL COLOMBIA

- Fabio Arjona Hincapié
Vicesidente
- José Vicente Rodríguez Mahecha
Director Científico
- Patricia Bejarano M.
Gerente de Planificación y Uso de Suelo

FUNDACIÓN ARTS COLLEGIUM

CLAUDIA RUIZ M. ○
Directora

F

DISEÑO

- Santiago Cajiao
- Isabel Pinzón

DIAGRAMACIÓN

- Santiago Cajiao
- Claudia Ruiz

D

Foto 1, portada y contraportada:
Sabias Montañeras



CONSERVACIÓN
INTERNACIONAL

Colombia



ISBN: 978-958-59763-6-8